

Turbulencias

Fran M. Moreno

TURBULENCIAS



COLECCIÓN

Tailandia

ESCRITO POR

Fran M. Moreno



Capítulo 1

No os creáis lo que os digan: trabajar y viajar a la vez no es fácil. De hecho, hay momentos en que es una puta mierda. Como cuando tienes que escribir un artículo que no te ha dado tiempo a terminar en el aeropuerto y debes enviarlo justo al tocar tierra, aunque tu vuelo esté sufriendo unas turbulencias que agitan el avión como si estuviera dentro de una coctelera.

Estábamos sobrevolando algún punto de Tailandia con dirección a Chiang Mai cuando el avión empezó a ir de arriba abajo y a los lados. Si la página en blanco ya da un vértigo terrible a cualquier persona que escriba, imaginaos en esa situación.

Justo enfrente de mí, un bebé tailandés de apenas unos pocos meses de vida empezó a llorar y chillar como algún que otro jefe que he tenido. Quizá algún día ese niño llegará a ser el jefe de alguien, porque la verdad es que se le daba muy bien molestar.

Me miraba con sus enormes ojos oscuros y rasgados, con la barbilla apoyada en la parte superior del asiento de su madre, y me chillaba a la cara como si fuera un corderillo que va al matadero. Lo entendía perfectamente. Faltaban 1 hora y 35 minutos para aterrizar y que yo tuviera que mandar un artículo inexistente a mi jefe, así que me sentía igual que él.

—¡Puede alguien hacer callar a ese niño! —exclamó la mujer que viajaba a mi izquierda.

Era occidental, una mujer de esas de 50 y pico con el pelo blanco y largo, vestida de hippy, que probablemente se dirigía a algún retiro de yoga o algo así. No se la veía muy zen, la verdad. Desde que empezaron las turbulencias había clavado sus uñas en los reposabrazos, incluido el que compartíamos, y se había quedado ahí plantada, mirando al infinito, con los ojos abiertos y, probablemente, con todos los chakaras cerrados.

Obviamente, la madre del bebé no hizo nada porque no entendió lo que la mujer hippy dijo, y el bebé siguió llorando mirándome fijamente a los ojos, como diciendo: si yo no duermo, tú no escribes. Y así era.

No estoy orgulloso, pero si debo ser sincero deseé que el avión se estrellase. Especialmente cuando mi vecino de asiento de la derecha, un gordo cuyas lорzas habían invadido también el espacio de mi otro reposabrazos, se tiró un pedo de la hostia. En un vuelo más tranquilo, todos los pasajeros hubieran notado la vibración del avión debido a su ventosidad, pero dada la situación yo fui el único que notó su asiento

temblar.

Antes de las turbulencias, el tipo se había quedado dormido encima de mi hombro mientras me servían café. Intenté despertarlo, pero fue inútil. Lo había visto empujar 3 Diazepam con vodka en el bar del aeropuerto, así que despertarlo era imposible. Aunque el avión se estrellara, lo encontrarían durmiendo plácidamente encima de los cadáveres del resto de pasajeros. Pensé que, si salíamos de esta, le escupiría en la bandeja de la comida cuando la trajeran. Esa sería mi venganza, y estoy seguro que sería terrible para él.

Las sacudidas del avión eran cada vez más salvajes. Yo intentaba focalizarme en la página en blanco, pero los vaivenes apenas me permitían concentrar la mirada en el portátil. La gente cada vez estaba más alterada, y las azafatas estaban en sus asientos con los cinturones abrochados, se podría decir que estábamos desamparados.

Miré a la mujer hippy de mi izquierda y ella me miró a mí. Le sonreí para transmitirle algo de tranquilidad, pero creo que no le llegó, porque ella siguió ahí con la mueca de terror fijada en la cara. Intentaba mantenerme relajado, respirando hondo, procurando no pensar en nada que no fuera mi artículo, pero eso no me ayudaba mucho, la verdad.

El tipo gordo se giró y se apoyó en mi hombro otra vez. En ese momento el bebé tailandés dejó de llorar, adoptó una expresión seria y nos miramos directamente a los ojos. Intenté comunicarme con él por telepatía:

<<No lo hagas>>, le dije con la mirada.

De repente el avión dio una sacudida más fuerte que las anteriores y, efectivamente, el bebé abrió la boca, con su cara seria de señor tailandés de 80 años, y soltó un chorro vertical de vómito blancuzco que cubrió toda la pantalla de mi portátil.

La señora hippy no muy zen de mi izquierda, tras ver horrorizada la escena, se llevó las manos a la boca, pero fue demasiado tarde. No pudo aguantar las arcadas al ver el destrozo del bebé y empezó a vomitar también. Ella, en cambio, supongo que debido a la experiencia que te da la edad, se tapó la boca al hacerlo, pero solo sirvió para que su vómito saliera despedido en modo aspersor sobre mi portátil, parte de la cara del bebé, mis pantalones y el brazo izquierdo del tipo gordo.

Creo que el calorcito del vómito sobre su brazo le hizo despertar. El hombre gordo abrió lentamente los ojos, como si hubiera estado en coma semanas, y al ver la bonita escena no se pudo estar y el asco también le hizo vomitar.

En el caso del hombre gordo, y por casusas de pura lógica, había más acumulado que en 4 mujeres hippies y 3 bebés juntos, contenido que el tipo soltó a presión sobre mi portátil.

Recuerdo haber visto 1 pastilla de Diazepam a medio digerir resbalando por la pantalla de mi ordenador antes de que todo el vómito empezara a chorrear por los bordes de mi mesa y empaparme el pantalón.

Las turbulencias seguían azotando el avión con violencia, pero a mí lo único que me salió fue quedarme quieto, plantado en mi asiento, mientras la señora hippy y el gordo intentaban recuperar el aliento, y mirando al bebé con cara seria recuerdo que pensé:

<<Te dije que no lo hicieras>>